

LIBRO SEGUNDO

EL SUPPLICIO DE UN HOMBRE HONRADO

En torno del torrente que flamea,
el pájaro aletea:
moja en el agua límpida su pluma;
y por la catarata arrebatado,
trémulo y agitado,
hacia el abismo rueda entre la espuma.

(Manuel Reina.)

El invierno había sido crudo y helado, y las escarchas de las noches eran terribles; las horas de sol claro que Enero regala siempre, no bastaban á entibiar la temperatura. La familia Barrientos se había instalado en el piso segundo de una casa modesta, que comparado con la gran casa solariega de Alcalá, parecía un cascarón de nuez; en un aposentillo estrecho y sin otra luz que la que entraba por la puerta, dormían Catalina y los dos niños, éstos en una sola cama, y la criada en otra, ambas pequeñas, mezquinas, duras, como camas de alquiler.

Esta alcoba, donde se aglomeraban tres seres humanos, sin aire y sin luz, dejaba salir un olor nada agradable ni sano, producido por la estancia allí de Catalina, poco limpia para su traje y para su persona; era una gruesa y fornida aldeana que sudaba mucho y se lavaba poco.

La alcoba ocupada por Catalina, Eva y Gonzalo estaba situada en el comedor; á la espalda se hallaba la cocina; y dividida por un largo pasillo, la sala que, con un gabinete donde solía estar Alicia, formaba la parte principal de la casa, com-

pletada por dos ó tres cuartos del todo oscuros.

Eva se marchitaba en aquella atmósfera viciada y nociva; era una bella y delicada flor del campo, que sólo podía vivir con brisas puras y sol radioso. Su palidez de nácar, y el círculo morado de sus ojos, decían bien claro que su salud decaía y que acaso una larga y dolorosa enfermedad de languidez iba á invadir muy pronto su tierno y delicado cuerpecito.

Otro tanto sucedía con Gonzalo: el niño fuerte y acostumbrado al aire libre de la aldea se ahogaba entre los miasmas de tan reducida habitación; sus grandes ojos negros se hundían y adquirían una mirada torva, que se dulcificaba singularmente al fijarse en su padre ó en su hermanita; pero cuando miraba á su madre, parecía fulgurar en sus ojos una llama sombría.

El ser más dichoso de la familia era el jefe de ella: la tranquilidad de un alma grande y hermosa es sorprendente en medio de las más grandes desgracias. Barrientos estaba contento de sí mismo, porque había hecho más de lo humanamente posible para que su mujer fuese dichosa y estuviese contenta de él. Casi todo su caudal le habían consumido el lujo y los antojos de Alicia. Había venido á Madrid para complacerla, y no había uno solo de los caprichos de aquella criatura adorada que no hubiese satisfecho.

No era Barrientos condescendiente por debilidad de carácter; alma fuerte y bien templada, el

valor era su cualidad distintiva, y era además heroica su fortaleza moral; pero adoraba á su mujer con una pasión que tenía su razón de ser, y que ella alimentaba con la astucia de su alma fría y de sus instintos de cortesana. Alicia había nacido para seducir, como otras mujeres nacen para ser artistas ó para ser religiosas. Su encanto era irresistible: ondulosa, dulce, traidora y suave como una culebra, se deslizaba cuando no podía vencer, y jamás luchaba de frente; quebrantaba llorando todas las resistencias; se quejaba en vez de amenazar, y en vez de decir *no quiero*, decía dulcemente: — «No lo hago porque no puedo, porque no llegan á tanto mis fuerzas.»

En el fondo era astuta, cruel, cánciosa, osada y fría. Si al oír sus dulces palabras y la encantadora música de su voz, su marido hubiera podido ver su corazón, se hubiera asustado seguramente: su aspecto era ingenuo y tierno, su fondo era un abismo sin fin.

Tomás se presentó á los jefes del Ministerio para donde había sido nombrado, y antes de asistir á la oficina fué á hacer una visita de cortesía al Duque de Medellín, al que debía su colocación en Madrid. Un observador sagaz hubiera reparado en la palidez súbita que invadió el gracioso y varonil rostro de Fabián al anunciarle su portero de estrados, vestido severamente de negro, á «Don Tomás Barrientos». Tal fué la alteración de sus facciones, que el criado, sagaz y observador como

lo son todos sus semejantes, se quedó mirando al Duque con no poco asombro.

Barrientos se adelantó sin cortedad y sin osadía. El Duque le esperaba en pie, un poco pálido; sus labios dibujaban una amable sonrisa, que desmentía la expresión de sus ojos, cuya mirada, de un azul de acero con reflejos grises, era fría y hostil. Aquel hombre, aquel lugareño sencillo, grave, honrado, era el dueño de Alicia; de esta mujer á la que amaba, no con el noble afecto que se apoya en el alma, sino con una pasión toda de los sentidos, toda material y, por lo mismo, más violenta y más celosa y más absoluta; había sido además el esposo de Amparo.

Extraño contraste formaban estos dos hombres. Fabián, que iba á almorzar al Veloz, pues eran cerca de las dos de la tarde, estaba vestido de mañana, con esa elegancia natural y sencilla que le prestaba el mayor de sus encantos: traje de paño fino de mezcla de matiz nutria oscuro; corbata de lunares carmesí sobre fondo gris pizarra; guantes de abrigo de piel de medio color, y calzado mate que encerraba un pie de una forma irreprochable; sobre la chimenea tenía un sombrero hongo color café, y apoyado en un sillón un ligero junco con puño de marfil.

La estatura del Duque era algo más que mediana, delgada sin demasía, esbelta, elegante, admirablemente proporcionada; su barba, de un color castaño oscuro, era abundante, sedosa, ri-

zada, perfumada con exquisito esmero, y acusaba sus treinta y ocho años cumplidos; en sus ojos, rasgados, de mirada profunda, apasionada unas veces y helada otras como el filo de un puñal, decía claramente que abrigaba en su alma apetitos violentísimos, pasiones voraces, tenacidad extraordinaria en su voluntad, pero escasísima dosis de sentimiento; su frente encantadora, rodeada de cabellos que ondulaban á pesar de haberlos dejado muy cortos la hábil tijera del peluquero, cortada por dos cejas finas que formaban dos arcos tendidos; su frente, digo, no era abovedada como la quieren las grandes pasiones, sino baja, y traía á la memoria la crueldad del tigre ó del chacal; el trigüeño pálido de su tez hacía resaltar el marfil bruñido de su dentadura.

Barrientos formaba con el Duque el más perfecto contraste, pero quizá toda la ventaja se hallaba á su favor: alto, robusto, con grandes ojos negros, cuya enérgica mirada dulcificaban larguísimas y sedosas pestañas; sus facciones pronunciadas respiraban la lealtad, la franqueza, la noble convicción de su propia valía; vestía de negro, pantalón y levita de rico paño, aunque de forma algo anticuada, y un gabán de abrigo que le había quitado un lacayo en la antesala.

—Vengo, señor Duque—dijo Barrientos, aceptando un sillón que Fabián le señalaba,—á dar á usted gracias por la colocación que ha obtenido para mí.

—¿Y se halla usted contento en Madrid?—preguntó el Duque con mal segura voz.

—No, señor—respondió Barrientos.

—Lo creo; para que Madrid agrade hay que acostumbrarse á él.

—Entonces, á mí no me gustará nunca, porque nunca me acostumbraré. Yo, señor Duque, soy un hijo de los campos, y la atmósfera de la corte me ahoga, lo mismo que á mis pobres niños; pero mi mujer ha querido venir, y yo no sé negarle nada... ¡La quiero tanto! ¡Es tan bonita, tan delicada! Su debilidad y su juventud me subyugan de tal manera, que el hacerla llorar me parecería una cobardía odiosa en un hombre fuerte como yo, que puede conceder ó negar á su antojo; y como los pueblos están mal, y los ingresos en la casa iban á menos, por eso he aceptado este destino; pero agradeciéndoselo á usted como debo, no puedo ocultarle que la vida de Madrid me asfixia é irrita mis nervios de una manera terrible...

—¿No sale usted por la noche?

—Algunas veces me saca de casa, quieras ó no, un diputado por mi país, excelente persona á la que vería más á menudo, á no ser por una razón muy triste...

Y viendo que el Duque no le preguntaba cuál era esta razón, el digno hombre añadió con voz mal segura:

—¡No puede ver á mi mujer!

—¿Y tiene la descortesía de decirlo ó de mani-

festarlo?—preguntó Fabián con una risita equívoca y malvada.

—No lo dice, pero lo da á entender, que es lo mismo: huye de verla, y cuando por no hallarme yo en casa le recibe Alicia, se marcha en seguida y viene al Ministerio á buscarme... Pero ya es hora de que yo deje á usted, señor Duque; reciba usted toda mi gratitud, y mándeme cuanto quiera.

—Iré á ver á usted uno de estos días—dijo Fabián cortésmente.

—No tiene usted que molestarle: mi mujer no recibe, porque se corta y no está acostumbrada al trato de Madrid; pero usted disponga de mí en todo, aunque yo venga poco por el temor de serle importuno.

Y con una noble y un tanto altiva inclinación, se despidió Barrientos del Duque; tomó su sombrero, que había dejado en un sillón, y cruzando la gran cámara con paso tranquilo, se dirigió á la puerta.

—¡Eh! mi querido amigo—dijo Fabián alzando la voz,—no me deje usted tan pronto; las referencias que tengo de usted me han inspirado un interés verdadero: me ha dicho usted que tiene niños, ¿verdad?

—Tengo dos niños, señor Duque: un varón muy hermoso, de ocho años, y una linda niña de cinco.

—¿El niño será de su primer matrimonio? Porque me han dicho que se han casado dos veces.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

Temblaron los labios del Duque al hacer esta pregunta, y la voz salió como estrujada de su garganta. Amparo é Inés muertas se aparecieron á sus ojos, de los que brotó una llama sombría. Barrientos palideció también y contestó con alterado acento:

—Mis dos hijos son de mi segundo matrimonio, señor Duque.

—¿No tuvo usted ninguno del primero?

—Una niña.

—¿Murió pequeña?

—De cinco años, y su pérdida fué para mí un gran dolor.

—¿Murió antes su esposa de usted?

—Sólo tenía Inés diez meses cuando perdió á su madre.

—¿Su primera esposa de usted era andaluza?

—Sí, señor; sevillana.

—¿De qué familia? Quizá la conozca, porque yo soy de allí también.

—De la familia de Gándara; pero cuando Amparo salió del colegio, sus padres se fueron á vivir á mi pueblo, donde tenían mucha hacienda.

—¿Y allí se casaron ustedes?

—Allí nos conocimos, allí la amé...

La voz de don Tomás estaba empapada de lágrimas.

—¿Y la dote de su esposa? Teniendo una hija, era suya la fortuna de su madre, y usted el heredero de su hija...

—Cuanto aportó Amparo al matrimonio, lo devolví, al perderla, á su familia; yo era bastante rico para querer guardarlo.

—¿Y hoy?

—Hoy soy pobre relativamente. Alicia, mi mujer, es caprichosa porque es muy joven; y en qué he podido emplear mejor mis bienes que en complacerla? No obstante, para que algo quede á mis hijos, he solicitado un destino y he complacido á mi mujer, que desea vivir en Madrid.

—Espero que me presentará usted á ella cuando vaya á su casa: me han dicho que es muy bella y muy distinguida.

—Verdaderamente, es muy bonita y de muy buen carácter; habla francés é inglés, toca muy bien el piano, dibuja con gusto, y es encantadora en sus maneras y lenguaje.

—Veo, señor Barrientos, que es usted el hombre de la dicha. Le han tocado por esposas dos prodigios: ¿cuál era más bonita de las dos?

—Lo eran de distinta manera. Amparo hablaba más al alma; ésta es más seductora, pero de carácter más exigente; aquélla obedecía, y ésta hace y hacemos todos cuanto ella quiere.

—Ya no detengo á usted más, amigo Barrientos. En esta semana iré á ponerme á los pies de su esposa y á dar un beso á sus hijos.

É inclinándose levemente con una ráfaga de odio en los ojos, el Duque dió por terminada la visita.

—No sé por qué siento deber á ese hombre mi colocación en Madrid—pensaba Barrientos bajando la escalera del suntuoso hotel del barrio de Salamanca;—hay en él algo que me repele y que me es profundamente antipático.

II

Fabián de Monterreal, á los treinta y nueve años cumplidos de su edad era un prodigio de egoísmo; uno de esos fenómenos á los que la naturaleza ha dotado de todos sus encantos, y á los que la sociedad ha inferido la más horrenda fealdad moral.

Sin padres desde niño, habían quedado él y una hermana suya, cuatro años más joven, bajo la tutela de un tío solterón y vicioso, hermano de su madre, y que se cuidó muy poco ó nada de los dos huérfanos: la niña fué colocada interna en la mejor pensión de Sevilla; Fabián, que propendía por la carrera militar, entró en el colegio, salió de subteniente, quedóse en un regimiento que guarnecía á Sevilla, cambió de residencia cuando se lo ordenaron, y á los veintitrés años era un gallardo teniente, algo calavera, muy enfatuado con su clase y ciegamente encaprichado de una jovencita que como él pertenecía á la más alta aristocracia, y que, habiendo sido compañera de colegio de su hermana, seguía siendo su más íntima y predilecta amiga.

Amparo Gándara era una criatura celestial por

su dulzura, su inocencia y la sensibilidad de su corazón. Su amiga vió con alegría la violenta inclinación de su hermano por Amparo, y favoreció estos amores todo lo posible; pero los padres de la joven detestaban á aquel pretendiente osado, desdenoso, que jugaba, bebía, estaba siempre arrestado y trataba á sus futuros suegros con el más grande desdén.

El padre de Amparo, aunque muy rico, era solo segundón de una ilustre casa. Fabián, aunque teniente de artillería, era el Conde de Montereal, título heredado de su padre, y ya porque en realidad adoraba á Amparo, ya para *fastidiar*, como él decía, á los padres de aquélla, aprovechó una ocasión propicia y arrebató á la pobre niña lo que nadie podía devolverle: su inocencia virginal.

Algunas semanas después la joven marchó con su padre á Alcalá de Guadaira, donde tenían grandes bienes. Fabián había sido destinado con su regimiento á una de las provincias de Levante. Don Pedro Barrientos vió en Amparo una excelente esposa para su Tomás; habló al padre de la joven y todo se arregló fácilmente, pues Tomás, que tenía el corazón libre, se enamoró perdidamente de aquella jovencita de diez y siete años, dulce, distinguida, elegante y bella como el sueño de un poeta.

Aquel primero y santo amor no se extinguió ni aun con el soplo del infortunio, y ya queda ex-

plicada la noble conducta de Tomás Barrientos, y cómo su primera esposa murió adorándole y bendiciéndole.

Cuál fué la cólera de Fabián al saber el casamiento de Amparo, no hay para qué decirlo: la quería con pasión, y aquel amor fué el único rayo de luz que alumbró la tenebrosa obscuridad de su alma; le convenía además aquella boda bajo todos los puntos de vista: Amparo era heredera única de inmensos bienes; era de familia aristocrática; su nobleza figuraba entre la más limpia y elevada de Andalucía; su belleza seráfica halagaba la vanidad más exigente; y sobre todo esto había para Fabián otra inmensa ventaja, pues se decía que el carácter dulce y humilde de Amparo le permitiría toda la libertad deseable para la depravada vida que llevaba y le divertía.

La dura carta con que Barrientos respondió á la exigencia de que le enviase á su hija, le hizo ver que *el labriego*, como él le llamaba, no era hombre manejable, y le redujo al silencio; pero rugiendo como fiera encadenada y alimentando en el fondo de su alma un rencor mortal por el esposo de Amparo, por aquel hombre á quien jamás había visto, pero que se había cruzado en el camino de su vida.

Cansado de la carrera militar, iba á dejarla cuando se le ocurrió marcharse á Cuba. Allí fué á encontrarle una fausta noticia: su tío, el Duque de Medellín, había muerto, y él heredaba el título

con grandeza. Pidió su licencia absoluta y regresó á España, continuando en Madrid su disipada vida, aunque con apariencias de mayor seriedad y con bastante miramiento en su capítulo de gastos. Á pesar de sus inmensas riquezas, se había vuelto caviloso. Un día que se hallaba aburrido, se le ocurrió ir á ver los sitios donde Amparo había pasado los dos últimos años de su breve vida. Empezó por marcharse á Sevilla, y la suerte le favoreció: uno de sus amigos tenía entre la capital y aquella villa un magnífico soto con mucha caza, que era de su propiedad, con una casa cómoda para alojarse los cazadores cuando fuese necesario dormir allí. Una mañana que el Duque salió solo á caballo y se dirigió á Alcalá, encontró á Alicia, ya sabemos de qué manera. La belleza, la elegancia y el romanticismo algo depravado de aquella mujer encantaron al Duque; la inteligencia de Alicia era más profunda que la suya, y por su parte la joven emprendió aquella conquista con verdadero interés. Su marido le cansaba; jamás le había amado; su casamiento, impuesto por la miseria, le había parecido una gran desgracia; sus instintos de cortesana, cansada sin haber vivido, marchita por la fiebre siniestra de su ambición; su afán de vivir cerca de la riqueza y de la elegancia; su tedio mortal de cuanto la rodeaba, todo la empujaba hacia Fabián, cuyo semblante dulcemente altivo, cuyos ojos profundos y tristes le hacían vibrar todos los nervios con sacudidas eléctricas que

en su vida había experimentado y que la conmovían deliciosamente.

La tarea de la seducción fué fácil para el Duque, maestro en el arte de hacerse amar, y empeñado en sombríos proyectos de venganza; robar á Barrientos su honor y la paz de su hogar, era para el Duque un entretenimiento sabroso, una ocupación deliciosa. Alicia era digna de reemplazar á Amparo, porque para el libertino sin corazón, toda la gracia, la bondad, la mansedumbre de la muerta, se habían borrado de su memoria como cosas mal comprendidas y peor estimadas, como recuerda vagamente un hermoso cuadro la persona que lo ha mirado con la distracción hija de su ignorancia y de su fastidio.

Tres ó cuatro citas en la casa del coto; arreglo del viaje á Madrid engañando al marido; colocación previa de éste, y marcha á la capital, dejando la casa de Alcalá poco menos que abandonada.

La llegada á Madrid fué penosa; la instalación, difícil; la vida, más penosa y más difícil todavía. ¿Qué pluma puede pintar los sufrimientos de aquel hijo de los campos, de aquel gran señor de aldea, de aquel hombre adorado y respetado de todos en su pueblo, sujeto á las mezquindades, á la miseria de la vida del empleado en Madrid? Miseria, sí, porque de los treinta mil reales de sueldo se consumía más de la mitad en el lujo escandaloso de la señora de Barrientos y en una doncella que la servía durante el día y se iba á dormir por la

noche á casa de la Baronesa de Lartiga, por no haber habitación para ella en casa de Barrientos. La familia vivía en la miseria ó poco menos, y Alicia, desde las once que se levantaba, se dedicaba á su persona, sin cuidarse para nada de lo que en su casa sucedía, y oyendo con tedio y aversión insuperables las voces de los niños, sus cuestiones, sus juegos, y su llanto cuando Catalina, cansada de tanta lucha, les reconvenía duramente.

Barrientos se levantaba temprano, vestía, ó más bien, ayudaba á vestir á Gonzalo, que ya contaba ocho años; le hacía lavarse y peinarse y decir una corta oración. El traje deteriorado del niño, su pobre y barato calzadillo, que se había roto, impresionaban tristemente al padre, poco al corriente de estos detalles, pues toda su vida se había deslizado en una gran abundancia.

—¡Catalina!

—¡Señor!

—Trae otro traje para este niño.

—No le tiene.

—¿Cómo es eso?

—Como es tan travieso, rompe tanto, que el otro ya no sirve para nada; sin embargo, hoy vendrá Rufina, á ver si aún lo puede arreglar.

—¿Quién es Rufina?

—Una costurera que vive en el cuarto bajo.

—No hay más arreglo que comprar otro traje á este niño: díselo á la señora, Catalina.

—Dígasele usted, porque á mí no me hace caso.

—Pues yo se lo diré.

Barrientos, el día á que nos referimos, tomó su chocolate claro como agua, esperando á que su esposa despertase; era el único alimento que tomaba hasta las cinco que salía del Ministerio. Gonzalo, sentado al lado de su padre, mojaba sopas de pan en su pocillo, con evidente disgusto de aquella pócima de color obscuro. Eva dormía en su camita, devorada por la anemia, que la hacía permanecer en una soñolienta inacción hasta el mediodía.

Á las diez y media de la mañana, Barrientos entró en la habitación de Alicia, que tenía echada la *portier* de su alcoba, dentro de la cual estaba la doncella preparando el baño tibio y perfumado; el esposo llamó con la mano.

—La señora está acostada todavía—respondió la voz aflautada de la camarera.

—Abra usted—repuso con su bella voz grave Tomás Barrientos;—y abra usted al instante.

La puerta se abrió, y á los ojos del honrado marido se presentó la alcoba de la más bella mundana que pudiese imaginar un libertino; no él, que en su vida había visto ni hablado á una mujer de aquella condición.

—Retírese usted—dijo á la camarera,—y que ni usted ni nadie venga aquí hasta que yo lo mande.

La insolente criada salió sin saludar. Alicia se sentó en el lecho y sacudió su rubia cabellera,

apoyando después el brazo derecho en las almohadas de batista. Aún estaba la lamparilla encendida. Barrientos la apagó, y abrió las maderas, penetrando un rayo del sol de Marzo. Alicia, deslumbrada por la luz del astro del día, llevó ambas manos á los ojos; entreabrió luego los dedos y miró á su marido; le vió muy pálido y con la frente contraída por un pliegue profundo.

—¿Qué hora es, Tomás?; ¿qué quieres?—preguntó Alicia alargándole los brazos;—¿te sucede algo desagradable? Ven á contármelo sentado á mi lado, y en seguida me vestiré.

La voz de aquella joven que aún no había cumplido veintiséis años, era dulce como la de una sirena; su ademán, cariñoso y atrayente; pero su marido no se movió más que para tomar una silla volante de raso celeste y madera dorada, sentándose á los pies del gran lecho, cubierto de brocado rosa.

—Vengo á decirte algo grave. Óyeme antes de vestirme, porque yo tengo prisa ya; son las once, y voy á la oficina.

—Pues dime lo que quieras, que ya te escucho, amigo mío—dijo Alicia.

—Tu vida de molicie y de abandono no puede seguir; te has casado para ocuparte de tu marido y de tus hijos, y no piensas en ellos; por mí te lo perdono; pero los pobres niños están mal vestidos, mal alimentados, siempre solos con Catalina; tú pasas la mañana en la cama; la tarde y la noche

en casa de la Baronesa, á la que yo creía más razonable; tú no vales para esposa ni para madre...

—¿Y ahora lo conoces?; ¿después de nueve años de casados?

—Es que yo era muy rico, tenía grandes rentas, y la sobra de dinero oculta los dolorosos resultados del desorden...; y ahora ya soy pobre...; mis fincas están hipotecadas, apenas cobro renta; estamos atenedos á mi sueldo, y de ese gastas tú la mayor parte en lujo..., en el maldito lujo, que nos ha llevado á la ruina...

—¡Tomás, por Dios, no me acuses así!—exclamó la joven con voz que parecía llena de lágrimas.—Ya te he dicho muchas veces que no era yo la mujer que te convenía...; era muy pobre...; estaba habituada al lujo, á no hacer nada... ¿No lo sabías?

—Sí; lo sabía, pero ignoraba hasta qué punto son fatales esos defectos; la situación ha llegado á ser desesperada, y se hace preciso adoptar un partido.

—Sí, tienes razón: lo mismo pienso yo.

—Ayúdame, trabaja como yo, cuida de tu casa, suprime la modista: con treinta mil reales y alguna renta se puede vivir en Madrid; yo iré á Andalucía y venderé alguna finca para desempeñar las otras; y en cuanto eso se halle algo arreglado, á vivir allí: es el único modo de salir adelante.

Alicia guardó silencio: parecía hallarse pensando en algo muy ajeno á lo que su marido le de-

cía. Barrientos esperó en vano á que hablase, y viendo que nada contestaba, continuó:

—Hay que comprarle un traje á Gonzalo, porque el que lleva está en malísimo estado.

—Ciertamente—murmuró Alicia con su implacable dulzura;—cómprasele hoy mismo.

—¿Con qué dinero? Ya sabes que de la paga me quedé con solos dos duros... Cómprasele tú...

—Yo tampoco tengo... ¡Dios mío! Tú no sabes lo que es una casa, Tomás. Por más que miro por todos lados, no puedo economizar nada. ¡Los niños rompen tanto! ¡No debías haberte casado con tan pocos medios de vida! El matrimonio es caro... Si vivieran los tres hijos que felizmente se nos han malogrado, verías lo que hacíamos con cinco... Yo no puedo coser ni aplanchar, ya lo sabes, ya lo sabías... No sé, no valgo más que para amarte... ¡Oh, eso como nadie!...

La sirena se deslizó entre el raso y la batista del lecho hacia los pies, y más envuelta en las ropas, echó los brazos al cuello de su marido y unió sus labios á los de aquél, prolongando el cadencioso sonido de sus últimas palabras; pero Tomás la rechazó duramente y se levantó con la mirada llena de un violento enojo.

—¡Aparta, déjame, serpiente!—dijo sordamente.—Hace ya mucho tiempo que cierro los ojos á la evidencia, que no quiero conocerte. Desde nuestra llegada á Madrid, una voz siniestra grita en mi alma que eres un abismo de egoísmo y de mal-

dad, que no tienes corazón, que ni yo ni mis hijos somos nada para ti... El lujo, el lujo devorador, infame, escandaloso; la pereza, la holganza, es cuanto amas y te interesa en este mundo. ¡No quiero ya tus terribles y enervantes caricias; ya no pueden engañarme; ya mi debilidad dejará paso á mi deber!... Desde hoy dejarás de ver á tu amiga la Baronesa, que en mal hora pisó nuestra casa como profesora tuya de canto; desde hoy cumplirás con tu deber de esposa y de madre.

—¡Oh; Tomás, calla, calla! ¡Yo no puedo verte así...; te desconozco!—exclamó con voz llorosa Alicia.—Haré cuanto quieras, cuanto mandes; pero sosiégate...; sufres, y yo más que tú. Vete, y al salir de la oficina procura venir más tranquilo...

Barrientos llevó la mano á su frente, que ardía; la cólera era para su noble y afectuosa naturaleza un sufrimiento horrible: sólo sabía conceder, acariciar. Abrió la puerta y salió del dormitorio sin mirar á su mujer, que le siguió con la vista y con una sonrisa malvada y cruel.

III

La deshonra, la perdición del ilustre, honrado y caballeroso don Tomás Barrientos, se había llevado á cabo con premeditación, con sangre fría espantosa. Tres seres malvados habían formado una sociedad monstruosa para arruinarle en su fortuna y en su honor: la hija del banquero y de la cortesana, á la que se había unido con lazos eternos; la intrigante inglesa, que había sabido hallar un marido en el imbécil Barón de Lartiga para abrir en Madrid una gran casa de juego, y el Duque de Medellín, libertino atrofiado en el vicio, sediento de venganza y embriagándose en el cobarde triunfo de reducir á la desesperación á un hombre honrado y cuyo nombre había brillado siempre limpio como el sol.

Hacía ya un año que duraba aquel criminal comercio, sin contar algunas semanas que habían tenido entrevistas en Alcalá. Poco después de regresar el Duque á Madrid, fué la familia Barrientos, y desde entonces se habían visto todos los días, ya en casa de la Baronesa, ya en la casa misma del Duque, adonde iba Alicia sin guardar

mucho el secreto, pues confiaba ciegamente en la buena fe de su marido.

Clarisa Robson había sido la cómplice de aquel cobarde crimen; la encubridora intrigante que, después de haber hecho un marido del imbécil y arruinado Barón de Lartiga, brillaba como reina en una sociedad que no es *la buena*, pero que goza en aquélla de mucha tolerancia porque consigue igualarse con ella en lujo y ostentación.

La irlandesa había sabido seducir al vetusto Tenorio, diciéndose enamorada de su elegancia y de su distinción hasta la locura; sus dos hijas, que unían á un buen sentido natural la triste experiencia de la nulidad de su padre, procuraron combatir la influencia de Clarisa, sacando á su padre del pueblo y rogándole las llevase á Sevilla. Pero Miss Robson no era mujer que se diese fácilmente por vencida, y cuando el Barón, muy incomodado, le dió cuenta de la pretensión de sus hijas, ella, muy dulcemente, le dijo que debía complacerlas y llevarlas á Sevilla, donde ella iría también al mismo tiempo que él y sus hijas; por tener la dicha de verle, consentiría en ir ocultamente á la capital, y así que llegase le avisaría para poder continuar viéndose y hablándose, «bien supremo al que ella, pobre abandonada de todo afecto, no podía renunciar».

El Barón y sus hijas marcharon, pues, á Sevilla, y Clarisa con ellos en otro coche del mismo tren.

Con el tacto fino que sólo dan un gran conocimiento del mundo y una profunda corrupción moral, Clarisa se informó del estado de los asuntos del Barón. Todo estaba hipotecado. Su loco amor á los placeres, su falta de sentido común, su vanidad, le habían llevado á la ruina; pero entre los escombros de aquella magnífica fortuna, entre tanta destrucción, aún pudo columbrar la posibilidad de que renaciera, siquiera fuese débilmente, la flor de la prosperidad: por mezquina que fuese la semilla, ella, que nada esperaba del erial de la vida, supo distinguirla, y se propuso recogerla con cuidado.

—Yo tengo—le dijo—que recibir de mi país una bastante fuerte suma de dinero: si nos casamos, como es su deseo, mi querido Barón me permitirá que tome á mi cargo todos sus asuntos, y verá cuán pronto mejora el deplorable estado de su casa; en nada puedo emplear mejor mi escasa fortuna que en arreglar la de usted, y le prometo que su deseo de vivir en la corte se cumplirá muy pronto.

Apresuráronse los preparativos de la boda; las hijas del Barón, por no presenciaria, se volvieron á Alcalá, y los nuevos esposos salieron para Madrid, se instalaron en una fonda, y desde allí Clarisa Robson, ya Baronesa de Lartiga, buscó y arregló casa con gran lujo de mobiliario, un gran salón confortable, y en él muchas mesas de tresillo y de *bénigue*, donde los invitados á la tertulia

perdían cada noche algunas docenas de duros de la manera más suave y más elegantemente fácil.

No hay para qué describir los detalles de la nebulosa existencia de Clarisa Robson en Madrid, ni acaso sería posible hacerlo: ¿quién puede describir los mil accidentes de una vida semejante, ni cómo revolver ni agitar el légamo, que está tan cerca del cieno que participa de sus miasmas? La estafa simulada, la *tercería* elegante, el vicio bajo su ropaje más dorado y más culto, una sociedad brillante y hasta cierto punto escogida: tales eran los elementos que componían el centro adonde Alicia, ya pervertida por el ateísmo y la infamia moral de la irlandesa, fué á parar, y sintió desarrollarse y crecer su afición al lujo, su monstruoso egoísmo y la antipatía que le causaba cuanto era bello, bueno, noble y sincero; algunas veces sentía en su alma como un hastío mortal, como un ansia ardiente de sacudir todo lo que la oprimía: esposo, hijos, la vieja Catalina, la casa, entre cuyas paredes se ahogaba; todo esto era para aquella mujer objeto de odio y de horror. La pasión que sentía por el Duque era el solo sentimiento que la dominaba. Su belleza varonil, su elegancia suprema, su manera ya desdeñosa de tratarla, aumentaba la intensidad de una afición que no quería ni hubiera podido dominar; algunas veces, cuando tendida en la *chaise longue* de su cuarto y envuelta en una bata de seda y encajes, soñaba despierta, se veía Duquesa, recibiendo una corte espléndida,

coronada de brillantes, esposa de Fabián, en una palabra. Barrientos y sus hijos desaparecían; ¿dónde?: no hubiera podido decirlo; estaban de sobra en su vida; la molestaban, y cuando podía separaba de ellos el pensamiento con decidido empeño.

Era sobre todo para ella una obsesión cruel su hijo. Gonzalo no tenía para su madre la mirada, la sonrisa, las travesuras de un niño de ocho años; evitaba mirarla, y cuando lo hacía, pasaba una nube por su espaciosa frente, se hacían sus ojos severos, y en los ángulos de su boca se formaba un pliegue, producto de pensamientos muy amargos.

Alicia adivinaba un juez en su hijo, y alimentaba hacia él una secreta antipatía; en cambio jugaba con Eva como con una muñeca. Eva era bonita: la admiraba, la besaba; era dulce y cariñosa. La madre pensaba, quizá sin darse cuenta de ello, que cuando ella ya no tuviera adoradores, su hija empezaría á tenerlos, y que la atmósfera de vanidad y de lisonja en que vivía sería eterna para ella.

La niña era negligente y descuidada: de cada seis días iba al colegio uno en la semana, porque se despertaba á las doce y salía de su alcoba hostigada por los gritos de Catalina. Era débil de constitución; mal alimentada, anémica, degeneraba de niña hermosa é inocente en un ser irracional, estúpido, consumido por la incuria, falto de todo alimento moral, sin el cual no es posible

la vida en la infancia. En cuanto á Gonzalo, cuando salía del colegio se iba á buscar á su padre á la oficina, y allí se sentaba mirándole tético y tranquilo.

El primer día que le ocurrió esto, su padre se sorprendió mucho.

—¿Has venido solo?—le preguntó.

—Sí, papá.

—¿Y á qué vienes?

—Á verte; á estar contigo.

—¿Por qué no te vas á casa?

—Mamá nunca está...; y aunque esté, no quiere verme.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo lo sé. Catalina reniega sin cesar, Eva llora, yo no puedo estar en casa...; me ahogo allí... como te sucede á ti...

—¿Á mí?—exclamó Barrientos, en cuyo pensamiento brilló un reflejo funeral; y luego añadió en voz baja y sorda:

—¡Es verdad!

Gonzalo oyó aquel acento dolorido; se acercó á su padre, le abrazó con ternura, y prosiguió:

—Hoy no he venido solo; me ha traído una señora; me vió en la calle que lloraba, y me dijo:

—¿Te has perdido, querido?

Yo le dije que no, y que iba á buscar á mi papá.

—¿Y por qué lloras?

—Porque me duele mucho el estómago, señora.

—¿No has almorzado?

—No... Mamá duerme; nuestra criada salió de casa, y siendo ya hora de cerrarse el colegio, he salido para irme con papá...

—¿Y no has comido nada?

—Desde ayer noche, no, señora.

—Ven conmigo, ven—dijo; y tomándome de la mano, me llevó á una pastelería cercana y me hizo comer un pastel de carne; luego me acompañó hasta aquí, papá. Es una señora muy bonita, vecina nuestra; vive en el piso cuarto, me lo ha dicho ella misma, y además me ha dicho que se llama Cecilia.

Barrientos no escuchaba al niño; mil pensamientos dolorosos se agitaban en su cabeza. ¡Su hijo tenía hambre! El desorden, la ruina de su casa habían, pues, llegado al último extremo; una desconocida, una pobre mujer, puesto que vivía en el piso cuarto de su modesta casa, había tenido que apagar el hambre de aquella criatura que había nacido rica. ¡Oh! Alicia, aquella mujer á quien adoraba hacía diez años, era, pues, un monstruo sin alma y sin conciencia, y él, por su debilidad, por su ciego cariño, era cómplice de su maldad y de la infamia que sobre él caía; él era el que debía poner fin á situación tan vergonzosa, porque él era el dueño de su casa, el jefe de la familia, el responsable de cuanto sucedía; él debía cortar por lo sano: la dimisión de su destino en seguida; la presentaría al instante, y al pueblo

otra vez; allí aún quedaban restos de su fortuna; allí había pan y paz, bienes supremos de la vida... ¡Paz! ¡Ay!; ¡paz ya no! El velo había caído de sus ojos; su corazón estaba mortalmente ulcerado... Su mujer era una criatura despreciable, quizá una aventurera. No habían iluminado la noble inocencia de su alma las bromas y las conversaciones de sus compañeros de oficina, hombres de mundo tanto como él era ignorante. Sí; Alicia, siendo una mala madre, debía ser mala esposa, porque no podía ser buena y mala á un tiempo... Al pueblo otra vez, y allí sería buena por fuerza y porque él la obligaría á serlo.

Así razonaba Barrientos, envuelto en las olas fúnebres de un dolor mortal. Sus mejillas se habían encendido, sus ojos brillaban con sombrío fulgor, y solo en aquel momento en su despacho, solo con su hijo que le miraba tristemente, se paseaba como poseído de una locura repentina y terrible.

Poco á poco aquella tempestad de su alma se fué serenando, para dar paso á una profunda tristeza, á un amargo desaliento. Una impresión inmensa de vacío y de abandono se hizo en su alma: muerto su bueno y amante padre, ¿quién le quedaba en el mundo? ¿en qué seno amigo reclinaría la cabeza? ¿á quién contaría la inmensidad de su desgracia? Sólo contaba en el mundo con un amor, el de su mujer; con una amistad, la de Alicia; ella había sido el puerto de paz que había

buscado después de sus lacerantes dolores; ella, con su encanto adorable de niña desvalida y mimosa, le había hecho más dulce el recuerdo de Amparo y le había hecho olvidar la muerte de Inés; ella había sido, y era todavía, el mundo entero para él; por ella lo había sufrido todo con paciencia y hasta con alegría; gastar en complacerla una gran parte de su fortuna, le parecía una cosa natural y fácil; por una sonrisa, por una mirada, por un beso de su mujer, hubiera dado la vida; todo su ser palpitaba cuando la voz de Alicia le dirigía una palabra de ternura, y para él no tenía otras; todo eran para su marido cariños, sonrisas, palabras de amor; nunca se sublevaba, nunca le oponía la más leve resistencia, y en diez años no dejó un día de rodearle del embriagador ambiente de amor, que era para Tomás Barrientos un tósigo enervante que mataba en él toda voluntad y toda iniciativa.

Pero todas las ilusiones que le habían hecho tan dichoso, todo el péfido encanto que había anulado su firmeza entregándole desarmado en el poder terrible de aquella nueva Dalila, caían como cadenas cortadas por la mano de un ángel vengador. Barrientos veía la verdad, la horrible verdad; el amor paternal había separado la venda de sus ojos. Alicia era un demonio disfrazado de ángel; Alicia era una mujer sin corazón; era la hija de la cortesana; era una mala madre; aborrecía su hogar; sumergía á su marido en la miseria, fría,